**Clase 19**

**UNIDAD 7:**

**“EL ESPIRITU SANTO”**

Análisis de Juan 16 y 20, 19-23

La misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo. (CEC 689 al 690)

El nombre, los apelativos y los símbolos del Espíritu Santo. (CEC 691 al 701)

El Espíritu Santo en la economía Divina. (CEC. 702 al 741)

**EL ESPÍRITU SANTO**

Los cristianos creemos en la Santísima Trinidad, un único Dios en tres personas: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Ya hemos hablado del Padre y del Hijo por lo que ahora nos detendremos en la persona del Espíritu Santo, que de los tres, podríamos decir, es el más inaferrable, inaccesible por lo cual Jesús dijo que “el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce” (Jn. 14,17)

No le conocemos sino en la obra mediante la cual nos revela quien es Jesús y nos dispone a aceptarlo como nuestro Dios y Señor. El Espíritu de verdad que nos "desvela" a Cristo "no habla de sí mismo" (*Jn* 16, 13). Un ocultamiento discreto y propiamente divino.

**Lectura de Juan 14, 15-26**

* Otro Paráclito
* Compañía para siempre
* De la Verdad
* El mundo no puede conocerlo
* Enseñará y recordará todo

**Lectura de Juan 16, 1-15 y comentario breve**

* Paráclito
* Abogado
* Enviado para glorificar y hacer pública la glorificación del Hijo.
* Introducirá en la Verdad
* No habla de sí.

**Lectura de Juan 20, 19-23 y comentario breve**

* Soplo “sobre” ellos
* En Pascua es enviado
* Para perdonar los pecados y retenerlos

**I.  La misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo**

El Espíritu Santo es realmente Dios. De la misma substancia divina del Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo.

Cuando el Padre envía su Hijo, envía también su Aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

Jesús es Cristo, "ungido", porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación brota de esta plenitud (cf. *Jn* 3, 34).

Cuando por fin Cristo es glorificado (*Jn* 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él: Él les comunica su Gloria (cf. *Jn* 17, 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (cf. *Jn* 16, 14).

La misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo por la unción (hacernos cristianos) y hacerles vivir en Él

**II. Nombre, apelativos y símbolos del Espíritu Santo**

**El nombre propio del Espíritu Santo**

"Espíritu Santo", tal es el nombre propio de Aquel que adoramos y glorificamos con el Padre y el Hijo. La Iglesia ha recibido este nombre del Señor y lo profesa en el Bautismo de sus nuevos hijos (cf. *Mt* 28, 19).

El término "Espíritu" traduce el término hebreo *Ruah*, que en su primera acepción significa soplo, aire, viento. Jesús utiliza precisamente la imagen sensible del viento para sugerir a Nicodemo la novedad transcendente del que es personalmente el Soplo de Dios, el Espíritu divino (*Jn* 3, 5-8).

Por otra parte, Espíritu y Santo son atributos divinos comunes a las Tres Personas divinas. Pero, uniendo ambos términos, la Escritura, la liturgia y el lenguaje teológico designan la persona inefable del Espíritu Santo, sin equívoco posible con los demás empleos de los términos "espíritu" y "santo".

**Los apelativos del Espíritu Santo**

Jesús le llama:

* el "Paráclito", literalmente "aquel que es llamado junto a uno", *advocatus* (*Jn* 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). "Paráclito" se traduce habitualmente por "El que consuela".
* el "Espíritu de Verdad" (*Jn* 16, 13).

San Pablo lo llama:

* el Espíritu de la promesa (*Ga* 3, 14; *Ef* 1, 13),
* el Espíritu de adopción (*Rm* 8, 15; *Ga* 4, 6),
* el Espíritu de Cristo (*Rm* 8, 11),
* el Espíritu del Señor (*2 Co* 3, 17),
* el Espíritu de Dios (*Rm* 8, 9.14; 15, 19; *1 Co* 6, 11; 7, 40),

San Pedro

* el Espíritu de gloria (*1 P* 4, 14).

**Los símbolos del Espíritu Santo**

*El agua*. El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. El Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna (cf. *Jn* 4, 10-14; 7, 38)

*La unción*. El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. *1 Jn* 2, 20. 27; *2 Co* 1, 21). En la iniciación cristiana es el signo sacramental de la Confirmación, llamada justamente en las Iglesias de Oriente "Crismación". Pero para captar toda la fuerza que tiene, es necesario volver a la Unción primera realizada por el Espíritu Santo: la de Jesús. Cristo significa "Ungido" del Espíritu de Dios: La Virgen María concibe a Cristo del Espíritu Santo; es de quien Cristo está lleno (cf. *Lc* 4, 1) y cuyo poder emana de Cristo en sus curaciones y en sus acciones salvíficas (cf. *Lc* 6, 19; 8, 46). Es él en fin quien resucita a Jesús de entre los muertos (cf. *Rm* 1, 4; 8, 11). Jesús distribuye profusamente el Espíritu Santo hasta que "los santos" constituyan, en su unión con la humanidad del Hijo de Dios.

*El fuego*. Simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que "surgió [...] como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (*Si* 48, 1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. *1 R* 18, 38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (*Lc* 1, 17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (*Lc* 3, 16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (*Lc* 12, 49). En forma de lenguas "como de fuego" se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (*Hch* 2, 3-4).

*La nube y la luz*. Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. Desde las teofanías del Antiguo Testamento, la Nube, unas veces oscura, otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la transcendencia de su Gloria: con Moisés en la montaña del Sinaí (cf. *Ex* 24, 15-18), en la Tienda de Reunión (cf. *Ex* 33, 9-10) y durante la marcha por el desierto (cf. *Ex* 40, 36-38; *1 Co* 10, 1-2); con Salomón en la dedicación del Templo (cf. *1 R* 8, 10-12). Pues bien, estas figuras son cumplidas por Cristo en el Espíritu Santo. Él es quien desciende sobre la Virgen María y la cubre "con su sombra" para que ella conciba y dé a luz a Jesús (*Lc* 1, 35). En la montaña de la Transfiguración es Él quien "vino en una nube y cubrió con su sombra" a Jesús, a Moisés y a Elías, a Pedro, Santiago y Juan, y «se oyó una voz desde la nube que decía: "Este es mi Hijo, mi Elegido, escuchadle"» (*Lc* 9, 34-35). Es, finalmente, la misma nube la que "ocultó a Jesús a los ojos" de los discípulos el día de la Ascensión (*Hch* 1, 9), y la que lo revelará como Hijo del hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (cf. *Lc* 21, 27).

*El sello* es un símbolo cercano al de la unción. En efecto, es Cristo a quien "Dios ha marcado con su sello" (*Jn* 6, 27) y el Padre nos marca también en él con su sello (*2 Co* 1, 22; *Ef* 1, 13; 4, 30). Como la imagen del sello [*sphragis*] indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el "carácter" imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados.

*La mano*. Imponiendo las manos Jesús cura a los enfermos (cf. *Mc* 6, 5; 8, 23) y bendice a los niños (cf. *Mc* 10, 16). En su Nombre, los Apóstoles harán lo mismo (cf. *Mc* 16, 18; *Hch* 5, 12; 14, 3). Más aún, mediante la imposición de manos de los Apóstoles el Espíritu Santo nos es dado (cf. *Hch* 8, 17-19; 13, 3; 19, 6). Este signo de la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, la Iglesia lo ha conservado en sus epíclesis sacramentales.

*El dedo*. "Por el dedo de Dios expulso yo [Jesús] los demonios" (*Lc* 11, 20). Si la Ley de Dios ha sido escrita en tablas de piedra "por el dedo de Dios" (*Ex* 31, 18), la "carta de Cristo" entregada a los Apóstoles "está escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón" (*2 Co* 3, 3).

*La paloma*. Al final del diluvio (cuyo simbolismo se refiere al Bautismo), la paloma soltada por Noé vuelve con una rama tierna de olivo en el pico, signo de que la tierra es habitable de nuevo (cf. *Gn* 8, 8-12). Cuando Cristo sale del agua de su bautismo, el Espíritu Santo, en forma de paloma, baja y se posa sobre él (cf. *Mt* 3, 16 paralelos). El Espíritu desciende y reposa en el corazón purificado de los bautizados.

**III. El Espíritu y la Palabra de Dios en el tiempo de las promesas**

Desde el comienzo y hasta "la plenitud de los tiempos" (*Ga* 4, 4), la Misión conjunta del Verbo y del Espíritu del Padre permanece oculta pero activa. El Espíritu de Dios preparaba entonces el tiempo del Mesías, y ambos, sin estar todavía plenamente revelados, ya han sido prometidos a fin de ser esperados y aceptados cuando se manifiesten.

Cuando se dice que el Espíritu habló por los profetas se entiende todos los que fueron inspirados por el Espíritu Santo en el vivo anuncio y en la redacción de los Libros Santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

**En la Creación**

La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura (*Gn* 1, 2; 2, 7, cf. *Sal* 33, 6; 104, 30;; *Qo* 3, 20-21; *Ez* 37, 10):

"En cuanto al hombre, Dios lo formó con sus propias manos [es decir, el Hijo y el Espíritu Santo]” (San Ireneo de Lyon, *Demonstratio praedicationis apostolicae*, 11: SC 62, 48-49).

**El Espíritu de la promesa**

Desfigurado por el pecado y por la muerte, el hombre continua siendo "a imagen de Dios", a imagen del Hijo, pero "privado de la Gloria de Dios" (*Rm* 3, 23), privado de la "semejanza". La Promesa hecha a Abraham inaugura el camino de la Salvación, al final de la cual el Hijo mismo asumirá "la imagen" (cf. *Jn* 1, 14; *Flp* 2, 7) y la restaurará en "la semejanza" con el Padre volviéndole a dar la Gloria, el Espíritu "que da la Vida".

Contra toda esperanza humana, Dios promete a Abraham una descendencia, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf. *Gn* 18, 1-15; *Lc* 1, 26-38. 54-55; *Jn* 1, 12-13; *Rm* 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. *Gn* 12, 3). Esta descendencia será Cristo (cf. *Ga* 3, 16) en quien la efusión del Espíritu Santo formará "la unidad de los hijos de Dios dispersos" (cf. *Jn* 11, 52).

**En las Teofanías y en la Ley**

En las Teofanías [manifestaciones de Dios], desde los Patriarcas a Moisés y desde Josué hasta las visiones que inauguran la misión de los grandes profetas el Verbo de Dios se dejaba ver y oír, a la vez revelado y "cubierto" por la nube del Espíritu Santo.

Esta pedagogía de Dios aparece especialmente en el don de la Ley (cf. *Ex* 19-20; *Dt* 1-11; 29-30), que fue dada como un "pedagogo" para conducir al Pueblo hacia Cristo (*Ga* 3, 24). Pero su impotencia para salvar al hombre privado de la "semejanza" divina y el conocimiento creciente que ella da del pecado (cf. *Rm* 3, 20) suscitan el deseo del Espíritu Santo. Los gemidos de los Salmos lo atestiguan.

**En el Reino y en el Exilio**

La Ley, signo de la Promesa y de la Alianza, habría debido regir el corazón y las instituciones del pueblo salido de la fe de Abraham. Pero, después de David, Israel sucumbe a la tentación de convertirse en un reino como las demás naciones.

El olvido de la Ley y la infidelidad a la Alianza llevan a la muerte: el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu. Era necesario que el Pueblo de Dios sufriese esta purificación (cf. *Lc* 24, 26).

**La espera del Mesías y de su Espíritu**

Aparecen entonces dos líneas proféticas: una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo, y las dos convergen en el pequeño Resto que esperan "la redención de Jerusalén".

Profecías en que aparece sobre todo la relación del Mesías y de su Espíritu.

1) Isaías 11, 1-2

«Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor».

2) Cantos del Siervo (*Is* 42, 1-9; *Is* 49, 1-6; *Is* 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra "condición de esclavos" (*Flp* 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

3) Isaías (*Is* 61, 1-2): con el cual Jesús comenzará su ministerio público

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor».

Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad":

Ezequiel 11

Ezequiel 36, 24-28

Ezequiel 37, 1-14

Joel 3, 1-5

Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

El Pueblo de los "pobres" (cf. *So* 2, 3; *Sal* 22, 27; 34, 3; *Is* 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, es el que el Espíritu prepara para el Señor… "un pueblo bien dispuesto" (cf. *Lc* 1, 17).

**IV El Espíritu de Cristo en la plenitud de los tiempos**

**Juan, Precursor, Profeta y Bautista**

"Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (*Jn* 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (*Lc* 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo.

Juan es "Elías que debe venir" (*Mt* 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como "precursor"] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de "preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (*Lc* 1, 17).

Con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la "semejanza" divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (cf. *Jn* 3, 5).

**“Alégrate, llena de gracia”**

María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres.

En ella comienzan a manifestarse las "maravillas de Dios", que el Espíritu va a realizar en Cristo y en la Iglesia:

* El Espíritu Santo *preparó* a María con su gracia . Convenía que fuese "llena de gracia" la Madre de Aquel en quien "reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (*Col* 2, 9). Ella fue concebida sin pecado
* En María el Espíritu Santo *realiza* el designio benevolente del Padre. La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (cf. *Lc* 1, 26-38; *Rm* 4, 18-21; *Ga* 4, 26-28).
* En María, el Espíritu Santo *manifiesta* al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. *Lc* 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. *Mt* 2, 11).
* Por medio de María, el Espíritu Santo comienza a *poner en comunión* con Cristo a los hombres y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

**Cristo Jesús**

**T**oda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías.

Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo.

Jesús no revela plenamente el Espíritu Santo hasta que él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, lo sugiere poco a poco:

* cuando revela que su Carne será alimento para la vida del mundo (cf. *Jn* 6, 27).
* Lo sugiere también a Nicodemo (cf. *Jn* 3, 5-8),
* a la Samaritana (cf. *Jn* 4, 10)
* y a los que participan en la fiesta de los Tabernáculos (cf. *Jn* 7, 37-39).
* A sus discípulos les habla de él abiertamente a propósito de la oración (cf. *Lc* 11, 13)
* y del testimonio que tendrán que dar (cf. *Mt* 10, 19-20).

Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado Jesús *promete* la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. *Jn* 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26).

Jesús da a a sus discípulos el Espíritu Santo exhalando sobre ellos su aliento (cf. *Jn* 20, 22). A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (*Jn* 20, 21; cf. *Mt* 28, 19; *Lc* 24, 47-48; *Hch* 1, 8).

**V El Espíritu y la Iglesia en los últimos tiempos**

**Pentecostés**

El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor (cf. *Hch* 2, 36), derrama profusamente el Espíritu.

En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en Él

**El Espíritu Santo, el don de Dios**

"Dios es Amor" (*1 Jn* 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (*Rm* 5, 5).

Puesto que hemos muerto, o, al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados. La comunión con el Espíritu Santo (*2 Co* 13, 13) es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado.

Él nos da entonces las "arras" o las "primicias" de nuestra herencia (cf. *Rm* 8, 23; *2 Co* 1, 21).

Vivir en este amor (la caridad que se menciona en *1 Co* 13) que es el principio de la vida nueva en Cristo, es posible porque hemos "recibido una fuerza, la del Espíritu Santo" (*Hch* 1, 8).

Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto: caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza"(*Ga* 5, 22-23).

**El Espíritu Santo y la Iglesia**

La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo.

Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su comunión con el Padre en el Espíritu Santo:

* El Espíritu Santo *prepara* a los hombres, los previene por su gracia, para atraerlos hacia Cristo.
* Les *manifiesta* al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección.
* Les *hace present*e el misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos,
* para *conducirlos a la comunión* con Dios, para que den "mucho fruto" (*Jn* 15, 5. 8. 16).

Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad.

Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo.

Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la vida nueva, en Cristo, según el Espíritu.

"El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (*Rm* 8, 26). El Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración.